

*Fundacion de la Villa-Rica de la Veracruz.—El cacique de Cempoala.—Obesidad extraordinaria de este cacique.—Llegada de los españoles á Quiabiskan.—Alianza de muchos caciques con Cortés.—Destrucion de los ídolos indios.—Trasformacion de un templo mejicano en iglesia cristiana.—Una conspiracion descubierta.—Cortés destruye sus naves.—Una embajada.—Discurso del embajador.—Batalla.—Xicotencal.—Sábias exhortaciones de un sacerdote católico.—Cortés avanza sobre Cholula.—Entrevista de Cortés y Motezuma.—Entrada de los españoles en Méjico.*

EL ayuntamiento formado por Cortés, puso á la nueva colonia el nombre de *Villa-Rica de la Veracruz*, llamándola rica porque allí era donde los es-

pañoles habian juzgado por primera vez de las inmensas riquezas de Méjico, á vista de los magníficos regalos que Motezuma habia ofrecido á Cortés, y porque esperaban que los tesoros del imperio vendrian á parar allí tambien. Añadieron al nombre de *Villa-Rica* el de *Veracruz*, porque el dia en que habian desembarcado era precisamente un *Viernes Santo*.

Sin embargo, la villa que entonces se fundó no es la misma conocida hoy con el nombre de Veracruz. Cortés tuvo que trasladar bien pronto la colonia á algunas millas mas al Sud, á otro paraje mas favorable para un establecimiento de este género.

En el momento en que se disponia la partida, ocurrió una circunstancia que favorecia grandemente los proyectos de Cortés. Cinco indios, enviados por un cacique vecino, se presentaron en el campamento de los españoles y solicitaron el favor de ser presentados al general. Consintió en recibirlos, y entonces uno de ellos declaró por medio del intérprete: "Que la fama de las hazañas y gloriosas proezas de los españoles en Tabasco, habia llegado á noticia del cacique de Cempoala su señor, y que admirando el valor de tan ilustres extranjeros, anhelaba ser su aliado y su amigo.

Altamente satisfecho quedó Cortés de estas demostraciones amistosas, y de esta proposicion de alianza, y mas todavía cuando por las preguntas que hizo á los embajadores, supo que los vasallos de Motezuma y entre otros los de Cempoala, sufrían

con impaciencia la dominacion del emperador, que su orgullo y su crueldad habian hecho insopor table su gobierno, y que sus enemigos estaban prontos á aprovechar la primera ocasion favorable para libertarse de su tiranía. Cortés, sabiendo que un imperio, por poderoso que sea, está próximo á su ruina cuando el soberano ha perdido el amor de sus vasallos, ya no dudó del buen resultado de su empresa. Despidió á los embajadores colmándolos de regalos, y encargándoles que dijesen á su señor que el general español iria muy pronto á visitarle. Deseaba él por otra parte visitar un país que le habian pintado como mucho mas á propósito para establecer una colonia, que el paraje que entonces ocupaba.

Púsose inmediatamente en marcha con sus tropas, mientras que la escuadra iba costeando. Al fin de la primera jornada, el ejército español entró en un pueblo indio enteramente desierto, porque los habitantes habian abandonado sus casas. En los templos se encontraron ídolos, huesos humanos, restos horribles de sus abominables sacrificios, y muchos libros. Eran estos los primeros que se encontraban en América; pero en nada se parecian á los libros de Europa. Estaban formados de pergamino ó de pieles engomadas y dobladas para formar las hojas, presentando en lugar de letras una gran variedad de figuras y emblemas, lo que hizo sospechar con fundamento que aquellos libros servian para las ceremonias del culto mejicano.

Continuaron los españoles su marcha al dia siguiente, encontrando siempre al paso abandonadas las poblaciones. Esta soledad les pareció de mal agüero, y se temian que el cacique de Cempoala los hubiera engañado para llevarlos á alguna emboscada. No obstante, al anoecer llegaron doce indios con víveres que el cacique enviaba á los españoles. Les habia encargado además suplicasen al general español llegase hasta su residencia, que solo distaba un sol; lo que en el lenguaje mejicano queria decir que solo faltaba un dia de camino. Allí esperaban á los extranjeros refrescos de toda clase.

Queriendo saber por qué el cacique no salia á recibir á los españoles, contestaron los indios que una grave incomodidad le obligaba á estarse en casa. Cortés se quedó con seis de aquellos indios para que le sirviesen á un tiempo de rehenes y de guias, y envió los restantes para que anunciassen al cacique la pronta llegada de los españoles.

Al dia siguiente, el ejército español dió vista á la ciudad en que habitaba el cacique, situada en pais agradable y fértil, y con una perspectiva que anunciaba desde lejos una ciudad de bastante importancia. Los compañeros de Cortés se pusieron muy alegres al verla, y mas todavia cuando los soldados de vanguardia vinieron diciendo que las paredes de la poblacion eran de plata. Este fué un cruel engaño para las tropas de Cortés, que pronto advirtieron que la blancura de las paredes consistia en

la cal con que estaban blanqueadas, á la que los rayos del sol comunicaban un vivo resplandor.

Esta ciudad presentó á los españoles un notable contraste con las otras que habian encontrado en el camino: lejos de huir los habitantes, se agolpaban en las calles y plazas para ver entrar á los hombres blancos y gozar de un espectáculo tan nuevo. Este apresuramiento no era brutal y grosero, y los españoles no fueron molestados con las demostraciones de una curiosidad indiscreta ó demasiado estrepitosa. Al llegar á la habitacion del cacique, se presentó éste, y entonces se conoció qué especie de incomodidad era la que le habia impedido el salir al encuentro de sus nuevos aliados: era una gordura monstruosa, que apenas le dejaba moverse, y para que pudiese dar un paso tenian que irle sosteniendo algunos de su servidumbre. Esta obesidad que tanto le desfiguraba, le hacia tener al mismo tiempo una facha tan grotesca, que á Cortés le costó mucho trabajo el mantenerse sério y contener la algazara de sus soldados, á quienes retozaba la risa en el cuerpo al ver el desmesurado volumen y anchas proporciones de aquel abdomen. Por lo demás, el cacique era un personaje muy grave: llevaba un brillante traje, formado de un manto de algodón, guarnecido de piedras preciosas, las que tambien llevaba en las narices y en las orejas, talaradas de parte á parte para colgarse adornos de esta clase.

Las palabras que dirigió al general español al

tiempo de saludarle, estaban llenas de benevolencia y sabiduría, y al fin del discurso, que agradó mucho á Cortés, le convidó á pasar á su habitacion para que allí pudiesen tratar con mas comodidad de sus comunes intereses. Cortés aceptó este atento convite, disfrutando en casa del cacique una hospitalidad que prevenia todas sus necesidades y sus deseos, mientras que tambien se suministraban con abundancia á los españoles cuantos auxilios podian necesitar.

Conferenciando con este jefe indio, Cortés, que deseaba conocer sus verdaderos sentimientos y sus disposiciones respecto del soberano de Méjico, le habló del objeto de la espedicion de los españoles, anunciando al cacique cómo habia sido enviado por el emperador de Oriente para esterminar á los opresores de los pueblos en aquella parte del mundo. Animado el cacique con esta declaracion, dejó desahogar todo el odio que le animaba contra Motezuma, en amargas quejas y en violentas reconveniones; representó al emperador de Méjico como un déspota sanguinario, cuyo yugo deseaban sacudir todos sus vasallos. Era tal la emocion de este cacique trazando el cuadro de la tiranía de Motezuma, que todo su rostro estaba bañado de lágrimas.

El general español procuró calmarle, tranquilizándole con la promesa de la proteccion poderosa de los españoles contra el tirano de Méjico, puesto que Dios protegía los esfuerzos de los españoles y combatía á favor suyo.

Al día siguiente el ejército se puso en marcha para Quiabislan, punto elegido por Cortés para fundar una colonia. Después de haber cruzado campos notables por su fertilidad, y bosques muy amenos, llegaron á la ciudad de Quiabislan, situada en una altura y rodeada de peñascos que formaban en rededor suyo una muralla natural. No se encontró un habitante siquiera, porque todos habían huido al acercarse los españoles; pero al llegar á la plaza principal, quince indios salieron de repente de un templo. Después de saludar á los españoles, les dijeron que el cacique y todos los habitantes volverían en el acto á sus casas, si se daba palabra de no hacerles daño ninguno. Cortés les habló en términos de tranquilizarlos completamente, y bien pronto la ciudad volvió á poblarse, pues el mismo cacique hizo volver á los habitantes que huían con el miedo.

Este cacique y el de Cempoala fueron conducidos en andas al campamento español. Los dos jefes en el coloquio que tuvieron con Cortés, manifestaron con mucha viveza su aversión al gobierno tiránico de Motezuma, y obligaron de esta suerte al general español á que les ofreciese nuevamente su auxilio para romper un yugo que se les hacia insupportable.

Esta conferencia fué turbada é interrumpida por unos indios que llegaron muy azorados á decir algunas palabras al oído de los dos caciques. Así que estos las escucharon, dieron muestras de su turba-

ción, y se levantaron para salir, acompañados de algunos oficiales de Cortés. A poco rato se vieron seis ministros de Motezuma, vestidos con ricos trajes y acompañados de numerosos esclavos, algunos de los cuales les iban llevando quitasoles de pluma. Cruzaron por el campamento español, y al pasar por delante de Cortés y sus oficiales, se atrevieron á ejecutar algunos ademanes de desprecio; pero cara hubieran pagado su insolencia, si Cortés no hubiera contenido á sus soldados, que iban á precipitarse sobre los indios. Envióse á Marina para que se informase de lo que iba á suceder, y volvió bien pronto diciendo que aquellos ministros habían hecho comparecer á los caciques, y los habían reconvenido ásperamente por su amistad con los extranjeros, declarándoles que su conducta era una vil traición, y que el único medio que les quedaba de aplacar á su irritado monarca y obtener su perdón, era entregarle además del tributo ordinario, veinte indios destinados á apaciguar con su sangre la cólera de las divinidades ultrajadas.

Al oír esta relación, Cortés apenas podía contener su enojo; pero escuchando al fin los consejos de la prudencia, se limitó á llamar á los caciques para mandarles que no obedeciesen las sanguinarias órdenes del emperador, y que prendiesen á los ministros encargados de trasmitírselas, asegurándoles que él aceptaba la responsabilidad de los sucesos. Los caciques titubearon un momento, tan acostumbrados estaban á una ciega obediencia á su sobera-

no; pero Cortés hablaba en unos términos que no admitían réplica ni incertidumbre. Los ministros de Motezuma fueron arrestados, sin que al parecer los españoles se hubiesen mezclado en este asunto.

Entonces los mismos caciques, que primeramente habían dudado echar mano á los mensajeros del emperador, quisieron degollarlos en lugar de los indios que Motezuma reclamaba. Cortés libró estos prisioneros del cobarde furor de los caciques y los mandó custodiar por soldados españoles.

Como deseaba ante todas cosas evitar un choque con las tropas de Motezuma, recurrió á una austeridad para disponer favorablemente el ánimo del emperador á disposiciones pacíficas. Queriendo hacer creer á este monarca que él no había tenido parte en el maltrato que habían sufrido sus ministros, y que hasta habían sido preservados de una suerte cruel por la intervencion del general español, hizo que le trajesen por la noche dos de los prisioneros, y quitándoles sus cadenas, les anunció que estaban libres para volverse á su señor. Además, les encargó que dijese al emperador, que el general español haría los esfuerzos posibles para librar también á los demás prisioneros, y á éstos se les dijo al día siguiente que sus dos compañeros de armas se habían escapado por la noche.

Entre los caciques de las montañas vecinas había algunos que no sufrían con menos impaciencia la tiranía de Motezuma; estos jefes de razas indias, que tenían el nombre comun de totonaques, se sometie-

ron voluntariamente á los españoles, y declararon que reconocían al rey de España por su único señor.

Entonces los españoles empezaron sus trabajos para la fundacion de una colonia en un paraje situado entre Quiabislan y el mar. Cortés eligió este sitio á causa de la fertilidad del suelo y cercanía de las costas: las inmediatas selvas proporcionaban en abundancia maderas de construcción. El nombre de Villa-Rica de la Vera-Cruz que tuvo en un principio esta colonia, se ha reducido hoy solo á Veracruz. Cortés se puso al frente de los trabajadores para animarles, y vió con satisfacción elevarse tan rápidamente las construcciones, que al cabo de un mes la plaza estaba formada y circuida de murallas bastante sólidas para resistir los ataques de los indios.

Entre tanto los dos indios soltados por Cortés habían dado cuenta á Motezuma de lo sucedido en el campamento de los españoles, elogiando mucho la generosidad de su general. El emperador, que ya se disponía á marchar contra los españoles á la cabeza de un ejército poderoso, cayó en el lazo que le armó Cortés, y se creyó, por lo que le contaron los indios, que todavía podría por medio de la persuasión alejar de su imperio aquellos extranjeros. Se determinó por lo tanto á enviar otros embajadores que ofreciesen á Cortés regalos considerables, y le presentasen dos jóvenes príncipes, parientes cercanos del emperador

Llegaron los embajadores al campamento español al tiempo que se acababan las murallas de la nueva ciudad; entregaron al general los regalos que le estaban destinados, y despues de haberle dado las gracias en nombre del emperador por lo que habia hecho en favor de sus representantes, le invitaron á salir de los Estados mejicanos. Segun su costumbre, Cortés recibió con mucha distincion á los enviados de Motezuma, y antes de contestar al objeto principal de su mision, puso en libertad á los cuatro prisioneros. Despues declaró que sentia mucho lo que habia pasado; pero que el emperador ya debia entenderse solo con él por la prision de sus ministros; que los cristianos detestaban los sacrificios humanos, y que su religion les prescribia abolir tan bárbara costumbre donde quiera que la hallasen establecida; que el cacique de Cempoala y el de Quibislan tenian derecho á la clemencia del emperador, y que su conducta con los españoles habia sido con arreglo á los deberes de una generosa hospitalidad; procurando hacer olvidar al general de los extranjeros las faltas en que Teutile habia incurrido por su culpable insolencia. En fin, que tocante á la cuestion de su partida, el emperador debia tener entendido que él no podia retirarse y volver á su patria antes de haber tenido una entrevista con el soberano de Méjico, y que por otra parte los españoles no retrocedian ante ningun peligro cuando se trataba de cumplir las órdenes de su rey.

La serenidad y aire majestuoso del general im-

pusieron á los embajadores, que se apresuraron á volver á dar cuenta al emperador de la respuesta de Cortés.

Determinado éste á llegar hasta Méjico, hacia los preparativos militares de tan arriesgada espedicion; pero su escesivo celo por los intereses de la religion estuvo á punto de comprometer una empresa que todo concurría á presentar como muy fácil. Noticioso de que debia verificarse un sacrificio humano en un templo de sus aliados, acudió con algunos de sus campeones, y amenazó que lo llevaria todo á sangre y fuego si no eran puestos al instante en libertad los prisioneros que estaban bajo el cuchillo de los sacerdotes. Esta providencia era loable y la humanidad la justificaria en caso necesario. De aquí no debia pasar el celo del general; pero quiso que los ídolos fuesen hechos pedazos por los mismos sacerdotes, y obligar á los ministros de un culto bárbaro á renunciar á sus supersticiones. Cortés se olvidaba de que aquellos hombres no conocian todavía una religion mejor que la que él les mandaba abjurar.

Cuando los sacerdotes escucharon la orden del general español, prorumpieron en gritos y lamentos, y puestos de rodillas delante de Cortés, le suplicaban que no les impusiese tan cruel sacrificio: su cacique temblando no se atrevia á interceder por ellos, y guardaba un sombrío silencio. Cortés fué inflexible y mandó á sus soldados que derribasen los ídolos. Entonces los sacerdotes sacando fuer-

zas de su misma desesperacion, llamaron al pueblo á las armas, y en pocos instantes Cortés y los suyos se vieron rodeados de una multitud de hombres furiosos. En tan crítica situacion el general español no dió señales de acobardarse y anunció por medio de Marina á los indios, que si se atrevian á disparar una sola flecha sobre los españoles, perderia la vida el cacique, y con él pereceria todo su pueblo. Los soldados, ejecutando las órdenes de Cortés, echaron á rodar todos revueltos por las gradas abajo, los ídolos, altares y vasos sagrados, que se hicieron menudos pedazos. Laváronse las paredes salpicadas de sangre, y una imágen de la Virgen ocupó el lugar del principal ídolo mejicano.

Los indios, mudos testigos de esta ejecucion terrible, se imaginaban que el fuego del cielo iba á consumir á los profanadores de su templo, á los destructores de sus divinidades; pero cuando vieron que los españoles quedaban sanos y salvos, esta impunidad les hizo suponer que el Dios de los extranjeros debia ser mucho mas poderoso que los ídolos mejicanos, y recogiendo los fragmentos esparcidos, los quemaron, para manifestar el desprecio que les inspiraban tan impotentes divinidades. Los españoles trasformaron el templo en iglesia cristiana, y el mismo dia en que Cortés estuvo tan audaz y temerario, un sacerdote católico (1) celebró el oficio divino en presencia de un gran número de in-

(1) Para cuidar del culto de la Virgen y ornato de

dios, asombrados del imponente espectáculo de esta ceremonia.

Peligros de otro género venian á entorpecer la ejecucion de la empresa. Algunos marineros y soldados, á quienes fatigaba el trabajo que les imponia Cortés y que no participaban de la confianza de su general, formaron una conspiracion para apoderarse de un navío y huir á Cuba. La conspiracion fué descubierta y Cortés mandó prender y castigar á los autores; pero el espíritu de insubordinacion que hacia tiempo reinaba en su pequeña tropa, no estaba completamente estinguido, y para quitar á los descontentos toda esperanza de salir con su idea, tomó una resolucion enérgica, desesperada: resolvió destruir su escuadra, para que convencidos sus soldados de que la fuga era imposible, se resolviesen á vencer ó morir. ¿Mas cómo era posible que el ejército se prestase á ejecutar una resolucion tan atrevida?

Mandó primero que se dismantelasen los navíos, es decir, que se les quitasen los mástiles, las jarcias y los cañones, que fueron sacados á tierra: despues los carpinteros examinaron el casco de cada buque,

*la capilla se ofreció un anciano natural de Córdoba, llamado Juan de Torres. Este, que era el mas anciano de los soldados de Cortés, se quedó solo y entre los indios para ejecutar su propósito, en el que no se sabe qué admirar mas, si la piedad ó el valor.—(Nota del traductor.)*

y ganados por Cortés, declararon que todos los navíos estaban tan deteriorados que era imposible componerlos. Entonces el general arengó á sus soldados con tanto calor y energía, que ellos mismos se brindaron á demoler los navíos sacando á la costa las tablas y las vigas. Uno solo fué reservado para despacharle á España, porque aunque el ayuntamiento que habia creado hubiese confirmado á Cortés en sus funciones de general, no se le ocultaba á éste la irregularidad de un acto que constituia una verdadera usurpacion de poder.

Deseaba que la corte de España le declarase gobernador de los países que iba á conquistar. Para conseguirlo y neutralizar los envidiosos esfuerzos de Velazquez, que no se habia olvidado de afeár al gobierno español la conducta de su teniente, era necesario presentar una brillante muestra de las riquezas del imperio mejicano. Solo se podia formar esta remesa con los regalos de Motezuma, que habian sido distribuidos por Cortés á sus soldados; pero á la menor insinuacion de aquel, ofrecieron éstos cuanto habian recibido, devolviéndolo sin murmurar, sin embargo de que ya era una legitima propiedad suya. Esta prueba feliz manifestó á Cortés el ascendiente que tenia sobre sus soldados. ¿A qué no podia él atreverse con unos hombres que le eran tan adictos y que se resignaban á un sacrificio de este género?

Tomó entonces sus disposiciones para partir. Tenia entonces quinientos hombres de á pié y quince

de á caballo, con seis piezas de campaña. Como unos cincuenta soldados, casi todos inválidos, se quedaron con dos caballos en Veracruz, para formar la guarnicion. Fácil hubiera sido á Cortés aumentar su ejército con numerosas tropas auxiliares que los caciques le ofrecian; pero rehusó las ofertas de aquellos jefes, no admitiendo mas que cuatrocientos hombres con doscientos *tamenes* ó indios de carga para llevar las provisiones del ejército. Para seguridad de los españoles que dejaba á su espalda, escogió entre los indios cincuenta de los mas ricos y de mas suposicion, para que le sirviesen de rehenes y respondiesen de la seguridad de los españoles que iban á constituir la escasa guarnicion de Veracruz.

El pequeño ejército de Cortés partió de Cempoala el 16 de agosto de 1519. No ocurrió suceso notable en los primeros dias de marcha, como que se atravesaba por un país cuyos caciques, como el de Cempoala, eran aliados de los españoles; así es que en todas partes hallaron víveres en abundancia. Llegaron por fin á Tlaxcala, cuyo territorio tendria como unas cincuenta millas de circuito. Cruzan este país montañas que se consideran generalmente como una continuacion de las que se estienden á lo largo de la América meridional y que se llaman la cordillera de los Andes ó simplemente las Cordilleras.

Un valor á toda prueba, un ardiente amor á la libertad distinguian á los habitantes de estas monta-



ñas entre los naturales de los demás puntos de América. Sometidos durante mucho tiempo al gobierno mejicano, habían conquistado al fin su libertad y formaban una poderosa república, respetada por los pueblos vecinos. El país estaba dividido por distritos que tenían sus representantes en Tlaxcala, cabeza de la república. La reunión de estos diputados formaba el gran congreso, que ejercía el poder legislativo de la nación, ofreciendo tal vez el único ejemplo de un gobierno aristocrático, es decir, un gobierno en que el supremo poder se halla en manos de los habitantes más principales, en medio de un pueblo cuyas groseras costumbres debían hacerle considerar como salvaje.

La nación no era numerosa; pero su fuerza residía en su valor, en su amor á la independencia y en su carácter vengativo. Había rechazado todos los ataques de Motezuma para volverla á su dominio, por lo que conociendo Cortés las ventajas de una alianza con semejante pueblo, resolvió enviar á Tlaxcala una embajada que propusiese al gobierno un tratado de paz.

Escogió para esta importante comisión á cuatro cempoales, dictándoles por medio de Marina un discurso que aprendieron de memoria. Queriendo que se observasen en esta circunstancia todas las ceremonias acostumbradas entre los indios, se puso á los embajadores una gran capa de tela de algodón, en el brazo izquierdo una gran concha en forma de escudo, y en la mano derecha una larga fle-

cha adornada con plumas blancas. La punta de la flecha estaba vuelta hácia bajo, lo que anunciaba disposiciones enteramente pacíficas: la flecha adornada con plumas rojas hubiera sido una señal de guerra.

Cuando los embajadores estuvieron adornados así á la usanza india, partieron; debiendo tener cuidado de no salirse del camino real, porque apartándose de él se hubieran visto espuestos á los insultos, perdiendo la inmunidad que debían á su traje. El nombre con que los indios designaban esta singular costumbre, corresponde á lo que se entiende en Europa por derecho de gentes.

Llegados á Tlaxcala los embajadores, fueron conducidos á una casa particular, donde se les trató con todas las atenciones y el esmero que exigía su carácter. Al día siguiente el senado los admitió para escuchar las proposiciones que les habían encomendado. Los embajadores se presentaron en una actitud respetuosa, es decir, con la cabeza cubierta con el manto y la flecha levantada en alto. Entonces los senadores se levantaron un poco de los asientos para saludar, y los diputados haciendo una reverencia, se adelantaron hasta el medio de la sala de las deliberaciones, donde se hincaron de rodillas. Allí esperaron con los ojos bajos el permiso de dirigir su discurso á la augusta asamblea. El consejo les hizo seña de que podían hablar, y entonces sentándose en el suelo con las piernas cruzadas, el que había aprendido el discurso le relató en estos términos:

"Pueblos libres, valientes é invencibles: el cacique de Cempoala y los caciques de las montañas, vuestros aliados y amigos, os saludan y os desean una abundante cosecha y el esterminio de todos vuestros enemigos. Os participan cómo han sido visitados por unos hombres extraordinarios venidos de Oriente. Estos hombres semejantes á los dioses puesto que manejan las armas de que estos se sirven ordinariamente, es decir, el trueno y el rayo, han llegado á nuestras tierras en grandes castillos que vuelan por el mar. Dicen que adoran un dios mas poderoso que los nuestros y que aborrecen la tiranía y los sacrificios humanos. Su jefe es el enviado de un soberano de gran poder, al que su religion previene poner fin á las vejaciones é injusticias de Motezuma. Nosotros debemos ya á este capitán la dicha de vernos libres de la tiranía del emperador. Teniendo precision de pasar por vuestro territorio para ir á Méjico, quiere saber las injurias que el tirano os ha hecho, para defender vuestros derechos y los suyos, asociaros á su noble causa y hacer triunfen vuestros comunes intereses. No podeis por lo tanto dudar de sus amistosas intenciones, y os pide únicamente el permiso de pasar por vuestro territorio. Estad seguros de que no desea mas que vuestro bien; que sus armas no son mas que instrumentos de justicia, porque los guerreros que las llevan solo las emplean para castigar á quienes les atacan ú ofenden."

Terminada la arenga, los embajadores se arrodi

llaron de nuevo, tocaron casi con la frente el pavimento de la sala, y despues, cruzando las piernas, esperaron en un respetuoso silencio la contestacion del senado. Se les dieron las gracias por las noticias que acababan de dar, declarándoles que ya se les pasaría una respuesta en debida forma, así que se deliberase acerca del objeto principal de la arenga, es decir, la cuestion del paso por el territorio tlaxcalteca. Se les invitó en seguida á que se retirasen y empezó la deliberacion.

Estaban divididas las opiniones de los consejeros, porque unos querian la paz y otros la guerra. El mas ardiente campeon de la guerra era el general Xicotencal, jóven magnate lleno de valor; pero arrebatado por el exceso de su bélico entusiasmo. Con siguió que su dictámen fuese aprobado por la mayoría, que decidió fuesen los embajadores retenidos en Tlaxcala, para dar tiempo á los preparativos de defensa.

Pasados ocho dias y no viendo Cortés volver á sus embajadores, se determinó seguir adelante para averiguar su paradero; pero apenas se habia puesto en camino, cuando encontró una multitud de indios armados para disputarle el paso. Trabóse un combate en el que los indios, batidos y dispersos, perdieron mucha gente, quedando heridos algunos españoles. Cortés pudo entonces penetrar en el país, y al otro dia del combate vió llegar á dos de sus embajadores, acompañados de cierto número de tlascaltecas que acusaron á sus aliados llamados